

# La teoría literaria feminista y sus lectoras nómadas

Nattie Golubov\*

## RESUMEN

En este texto se presenta una breve recapitulación acerca de cómo, en las teorías literarias feministas que más influencia han tenido en los estudios literarios académicos, las categorías *mujeres* y *mujer* han dejado de ser conceptos esencialistas y se han convertido en signos que adquieren sentido en contextos discursivos específicos. Para realizar este recorrido, primero se traza esta trayectoria como se ha hecho convencionalmente, una historia lineal que va del reduccionismo esencialista al postestructuralismo, para proponer después una interpretación distinta que destaca la ubicación y el papel de la lectora feminista. En el ensayo se propone que esta lectora es una entidad nómada y un *locus* de enunciación producto de la teorización feminista en general, una lectora que transita libre pero intencionadamente entre muchas perspectivas interpretativas, que incluyen al lector implícito en el texto y a la lectora situada contextualmente.

Palabras clave: *teoría literaria feminista, esencialismo, locus de enunciación, interpretación feminista.*

## ABSTRACT

This paper revisits two foundational essays that have reshaped the field of feminism, gender and literary studies. I show how the category of *woman* has been unpacked and the ways it has shifted to become a contested sign that acquires meaning in specific discursive contexts. The essay maps a conventional trajectory that begins with essentialist reductionism, ends with post-structuralism, and continues to offer another interpretation of this history, which underlines the role of the feminist reader. This essay proposes that this reader is a nomadic entity and a *locus* of enunciation, a product of feminist theory in general, a reader that freely though intentionally moves between many interpretive perspectives that include that of the reader implicit in the text as well as that of the contextually situated reader.

Key words: *feminist literary theory, essentialism, locus of enunciation, feminist interpretation.*

\* Centro de Investigaciones sobre América del Norte, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: <ngolubov@servidor.unam.mx>.

En este ensayo voy a presentar una breve recapitulación acerca de cómo, en las teorías literarias feministas que más influencia han tenido en los estudios literarios académicos, las categorías *mujeres* y *mujer* han dejado de ser conceptos esencialistas y se han convertido en signos que adquieren sentido en contextos discursivos específicos.<sup>1</sup> Para efectuar este recorrido trazaré primero esta trayectoria tal y como se ha hecho convencionalmente, como una historia lineal que va desde el reduccionismo esencialista hasta el postestructuralismo, para proponer después una interpretación distinta de esta historia que destaca la ubicación y el papel de la lectora feminista específicamente. Propongo que esta lectora es una entidad nómada y un *locus* de enunciación producto de la teorización feminista en general, una lectora que transita libre pero intencionadamente entre muchas perspectivas interpretativas, que incluyen al lector implícito en el texto y a la lectora situada contextualmente. Aunque esta lectora puede construirse de muchas maneras, quiero sugerir que el sujeto lector feminista es semejante al sujeto femenino del feminismo, “un sujeto genérico, heterogéneo y heterónimo” que está atado simultáneamente, según Teresa de Lauretis, a las restricciones sociales e institucionales; es un sujeto (una lectora) activo(a), un usuario de la cultura “definido *desde el inicio* por su conciencia de opresión —de opresión múltiple—” (Lauretis, 1991: 179). Si ponemos atención a la posición que ha ocupado la lectora feminista ante el texto literario en

<sup>1</sup> Por esencialismo entiendo “el modo de pensar que supone que todas las manifestaciones de la diferencia de género son innatas, transculturales y ahistóricas. En esta formulación el esencialismo constantemente hace referencia a las diferencias biológicas entre los sexos, empleando esta lógica para explicar las manifestaciones más amplias de la diferencia sexual. Este tipo de esencialismo biológico fue rechazado por la mayoría de las feministas a favor de una perspectiva socio-constructivista de las relaciones de género. Más recientemente, las feministas han cuestionado la naturaleza de la relación entre sexo y género y la prudencia de replicar implícitamente la oposición binaria entre naturaleza y cultura. También se han preguntado si la manera en que comprendemos a la naturaleza ha sido suficientemente investigada. Desde el punto de vista del posmodernismo, algunas feministas han cuestionado la validez de las categorías de género argumentando que sólo pueden definirse en relación unas con otras sin hacer referencia a una verdad exterior” (Pilcher y Whelehan, 2004: 41). Diana Fuss ha señalado que el esencialismo en sí mismo no es “ni malo ni bueno, progresivo o reaccionario, benéfico o peligroso”, el problema es su uso. Además, la idea del esencialismo como “creencia en la esencia real y verdadera de las cosas” (Fuss, 1989: xi) puede utilizarse en contextos muy diversos y con distintos propósitos. De lo que se ocupa una lectora feminista es de analizar y explicar estos usos de las categorías, los procesos de significación.

los tres momentos convencionales identificados más adelante, éstos pueden reorganizarse en dos: aquellos que usan el texto literario como fuente de información sobre la ideología del autor o la experiencia de la autora y aquel en el que se reconocen las restricciones que el texto literario impone a su potencial semiosis ilimitada, al tiempo que atiende no sólo las diferencias entre una lectora y otra, sino en cada una de ellas.

Pero antes de extenderme quisiera hacer algunas acotaciones. Desde hace ya varios años se ha reiterado el hecho de que la teoría literaria feminista no es —ni ha sido nunca— una teoría unificada con un cuerpo finito de obras que ofrezcan un conjunto de técnicas y conocimientos necesarios para el análisis de las características, propiedades y funciones formales y temáticas de los distintos tipos de texto que hay y de los procedimientos, modelos y estrategias para darles sentido con “perspectiva feminista”, puesto que hay teoría literaria feminista marxista, postestructuralista, narratológica, estructuralista, poscolonial, psicoanalítica, bajtiniana, *queer*, deconstruccionista, neohistoricista, entre muchas otras.<sup>2</sup> No obstante esta diversidad, cabe señalar que las teorías literarias feministas son teorías de la interpretación y la lectura, aunque difieren de otras teorías de la interpretación por las tres elecciones interpretativas que se explican en los puntos 2, 3 y 4 que se tratan a continuación.

El primer elemento lo comparten las teorías literarias feministas con la teoría literaria en general:

1. Para empezar, son semejantes a la teoría literaria que, en su formulación más simple, puede definirse como “el proceso de reflexionar sobre los marcos, principios y supuestos subyacentes que conforman nuestros actos de interpretación” (Felski, 2008: 2).<sup>3</sup> Esta tarea incluye el análisis y la discusión autorreflexiva de los supuestos y criterios con los que operan las diferentes escuelas teóricas y críticas, como la nueva

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, *Ambiguous Discourse: Feminist Narratology and British Women Writers*, de Kathy Mezei; *Feminism, Bakhtin, and the Dialogic*, de Dale Bauer y Susan McKinstry; las obras neohistoricistas de Catherine Gallagher, como *Nobody's Story: The Vanishing Acts of Women Writers in the Marketplace, 1670-1820*, y *Feminism and Deconstruction*, de Diane Elam; *Colonial Fantasies: Towards a Reading of Orientalism*, de Meyda Yegenoglu, entre muchas otras.

<sup>3</sup> Todas las citas que en el original están en inglés han sido traducidas por mí.

crítica, el formalismo ruso, la mitocrítica, la estética de la recepción, la semiótica y el estructuralismo, por mencionar sólo algunas.

2. Las teorías literarias feministas suponen que existe una relación compleja entre los textos que se analizan y el entorno sociocultural y geográfico en el que fueron escritos y son leídos. Esta relación nunca es transparente (la literatura no *refleja* una situación o condición extraliteraria, sino que la representa), ya que la obra literaria se concibe como (inter)texto, una instancia en la que se entretienen e integran los sistemas de significado a los que se refiere. Esto significa que las teorías literarias feministas rechazan el proyecto inmanentista de la literatura, que plantea que “cada texto será su propio marco de referencia [...] y la tarea del crítico ajena a todo juicio de valor se agotará en el esclarecimiento de su sentido, en la descripción de las normas y los funcionamientos textuales” (Todorov, 1991: 139). En cambio, sostienen que el sentido de cada texto sólo puede ser establecido en relación a sus contextos particulares de escritura y recepción. Incluso, aquel análisis que parezca más *inocente*, por limitarse a rasgos intrínsecos y textuales, como metáforas, aliteraciones, tramas, tipos de narrador, etc., favorece una concepción de la literatura que fomenta, a su vez, una cierta cosmovisión. Desde el feminismo, no puede dissociarse la interpretación de la evaluación, así como tampoco pueden divorciarse los elementos formales de la obra literaria del entorno sociocultural y geográfico en el que ésta se concibe, puesto que también son fenómenos históricos. Por supuesto, en este aspecto las teorías literarias feministas son comparables a las posturas marxistas, neohistoricistas y materialistas de la literatura y mantienen un diálogo con ellas.

3. Del punto anterior se deriva el tercer eje de la interpretación: las relaciones entre los textos literarios y los discursos que se encuentran en ellos y los disponibles para un público lector o una comunidad interpretativa son necesariamente políticas, porque implican relaciones de poder. Como bien han señalado autores como Teun A. van Dijk, Mary Talbot, Norman Fairclough, Ann Weatherall, los discursos como sucesos de la comunicación “son cuerpos de conocimiento y de prácticas históricamente constituidos que otorgan lugares de poder a unos y no a otros. Pero sólo pueden existir en la interacción social y en situaciones específicas. Así que el discurso es tanto acción como convención” (Talbot,

2001: 154). Entre otras cosas, esto implica que los discursos producen activamente lugares de enunciación y posiciones subjetivas que tienen consecuencias materiales y simbólicas, individuales y colectivas. Las teorías literarias feministas están atentas en un primer momento a las formas androcéntricas (por ejemplo, en el uso del género masculino como neutro) de la propia lengua y las consecuencias que esto tiene en los procesos de significación, pero sobre todo analizan las condiciones histórico-sociales de la producción y las condiciones histórico-sociales de la interpretación de los discursos, entendidos como sistemas de representación, y su relación con las prácticas sociales no discursivas, considerando que los textos literarios participan activamente en estos procesos de interacción social. A raíz de la reciente revisión del concepto de cultura en los estudios culturales, las teorías literarias feministas han ampliado su campo de acción para abarcar otros fenómenos culturales (el cine, la moda, la comida, la corporalidad), sin perder de vista que los productos culturales tienen una lógica y un funcionamiento propios, que no pueden ser reducidos a otros fenómenos (como el modo de producción o el patriarcado) y que algunas dimensiones sociales o económicas que anteriormente se pensaban independientes de la cultura tienen aspectos culturales (Barker y Galasinski, 2001: 1).

4. La cuarta y última propuesta es quizá la más importante: lo que comparten todas las teorías literarias feministas es su preocupación por las mujeres como escritoras, lectoras y objetos de representación. El marxismo argumenta que la subjetividad es resultado de las relaciones sociales de producción y el psicoanálisis sugiere que es producto del lenguaje; a estos procesos estructurantes de la subjetividad el feminismo añade otros, las “tecnologías del género”, para usar la frase de Teresa de Lauretis, que “tienen el poder para controlar el campo del significado social y, por ello, para producir, promover e ‘implantar’ representaciones del género” (1991a: 259). De Lauretis retoma el término “tecnología” de Michel Foucault para mostrar cómo las representaciones del género se construyen por medio de todo tipo de prácticas discursivas y no-discursivas (desde los medios de comunicación hasta lo que Althusser llamó los aparatos ideológicos del Estado, y el propio feminismo, por supuesto) que organizan las maneras de “hacer” género, con el propósito de transformarlas.

Tenemos, entonces, que es posible reunir las diversas teorías literarias feministas porque son teorías de la lectura: revelan que ninguna interpretación es inocente y, tras reconocer este sesgo, responden con un ejercicio de lectura intencionado, “entre líneas, o ‘a contrapelo” (Lauretis, 1991a: 272), desde otro espacio discursivo. Dicho de otro modo, estudian el texto literario como un proceso que incluye la producción y la interpretación para investigar cómo incide el género en ambos, y en la medida en que el objeto de estudio se construye como dinámico, la recepción crítica del texto también lo hace. Este tipo de ejercicio interpretativo sugiere que toda instancia de crítica literaria feminista —la discusión razonada y el análisis textual de obras literarias concretas— supone implícitamente la existencia de un tipo particular de sujeto, que, en mi opinión, es un sujeto (teórico) del feminismo, una lectora feminista. Esta lectora no es la lectora empírica del texto literario (objeto de análisis de la sociología de la lectura) ni la narrataria, la lectora ideal o la lectora implícita (aunque la teoría feminista atiende todas estas instancias), sino un lugar desde donde se practica la crítica literaria feminista y que es resultado de la teorización feminista.

Lo que me interesa destacar son las características de este *locus* de enunciación que se deriva de algunas teorías literarias feministas, un *locus* que cambia conforme cambian los textos que se leen y las condiciones institucionales donde se practica la crítica literaria, así como por la transformación de la teoría feminista en su conjunto como resultado de la revisión e incorporación de ideas, conceptos y métodos provenientes de otras disciplinas, como la filosofía, la antropología, la historia, la sociología, el psicoanálisis. No intentaré elaborar una teoría de la lectura, sino destacar algunos de los rasgos que las teorías literarias feministas le adjudican a una lectora feminista. Este sujeto lector es un derivado de las teorías literarias feministas que han elaborado, en su conjunto, una posición de lectura feminista —una posición discursiva producto tanto del propio texto como del contexto y del campo semántico feminista—, que esencialmente se ha dado a la ambiciosa tarea de establecer “el fundamento semiótico de una producción diferente de referencias y significados”, una reescritura de la cultura (Lauretis, 1991: 179).

Dado que el feminismo está siempre atento a las formas en que las circunstancias sociales y culturales, políticas y económicas sujetan/subjetivan a las mujeres, y que, por tanto, la crítica literaria feminista atiende específicamente a las prácticas significantes que producen a “la mujer” en textos específicos, la lectora feminista ocupa una posición frente al texto literario que podría describirse como nómada, incómoda, distinta de lo que podríamos denominar una lectora femenina o una mujer lectora, porque supone una autoconciencia y una actividad reflexiva que exige una postura móvil ante el texto literario y un exilio metafórico con respecto a la literaturidad. Si pensamos en la teoría literaria feminista como una forma de “toma de conciencia del carácter discursivo, es decir, histórico-político, de lo que llamamos realidad” (Colaizzi, 1990: 20), que en la práctica constantemente se enfrenta a la necesidad de reemplazar las representaciones dominantes y preferentes de “la mujer” —un sujeto colectivo esencializado y homogéneo— para reemplazarlas con “las mujeres” —sujetos materialmente engendrados con identidades múltiples, cambiantes y contradictorias—, la lectora feminista no sería simplemente una “lectora resistente” (Schweickart, 1986: 42), atrincherada en una posición ideológica, sino un lugar de enunciación necesariamente inestable que coopera irreverentemente con el texto. Quizá, como sugiere Ruth Robbins, sería más atinado describir los muchos análisis textuales feministas como una serie continua de intervenciones en aquellas prácticas de lectura que no contemplan el género como elemento constitutivo de los discursos literarios y no literarios, intervenciones orientadas a politizar la lectura (2001: 47).

Como señalé anteriormente, las teorías literarias feministas, al igual que aquello conocido simplemente como teoría feminista, se resisten a toda generalización, debido, en parte, a que ha sido una empresa intelectual exitosa y prolífica de gran diversidad —metodológica, temática, ideológica— que ha transformado radicalmente el estudio académico de la literatura porque ha demostrado que la escritura, publicación, circulación y recepción de las obras literarias están inevitablemente marcadas por el género. Sin embargo, a juzgar por el volumen de artículos, libros y antologías revisionistas publicados en años recientes, parecería que esta empresa colectiva ha llegado a su fin, puesto que ha cumplido con el objetivo de revisar los criterios con que se constituyó el canon

literario, recuperar la obra de autoras que habían sido excluidas de él y leer críticamente la literatura escrita por hombres. Asimismo, parecería que metodológica y conceptualmente se ha agotado la empresa teórica: ahora se trata de emplear sus propuestas y contrapropuestas para analizar obras literarias de todas las épocas escritas por hombres y mujeres, revisar los criterios valorativos que sustentan el canon literario y los géneros literarios que éste privilegia y replantear teorías literarias (teoría de la recepción, narratología, semiótica, etc.) con el género como eje de análisis.

Podría pensarse que el éxito de las teorías literarias feministas ha precipitado su fin, al menos en lo que respecta a sus propuestas teóricas. En este sentido, las teorías literarias feministas comparten el mismo destino que las de la época de oro de la teoría cultural, que, según Terry Eagleton, ya terminó: “la generación posterior a la de [las] figuras innovadoras hizo lo que las generaciones posteriores hacen habitualmente. Desarrollaron las ideas originales, las ampliaron, las criticaron y las aplicaron. Los que pueden, reelaboran el feminismo o el estructuralismo; los que no, aplican estos puntos de vista a *Moby Dick* o a *El gato garabato*” (2005: 14). El resultado es que existe una plétora de inventarios y balances que reconstruyen una genealogía continua de la teoría literaria feminista (en singular), por lo general con fines pedagógicos, que implícitamente sugieren una progresión que va desde la intensamente política pero teórica y conceptualmente ingenua crítica a la década de los años setenta hasta la sofisticación postestructuralista de los ochenta en adelante.<sup>4</sup> Esta historia, engañosamente progresiva (que en ocasiones también se describe con un dejo de nostalgia por las certezas pasadas y el vigor del compromiso político), va más o menos como sigue.

Empezamos con la madre fundadora, Virginia Woolf, y seguimos con la época posterior a 1968, identificada con el feminismo de la segunda ola (aunque en ocasiones se menciona a Simone de Beauvoir), que proliferó en el contexto del movimiento de liberación femenina. Este periodo se asocia con un conjunto de textos fundacionales como *Thinking about Women*, de Mary Ellman (1968); *Patriarcal Attitudes*, de Eva Figes (1970); *El eunuco femenino*, de Germaine Greer (1970), y el

<sup>4</sup> Véanse Guerra, LeBihan y Gallop como ejemplos de esta tendencia revisionista.



más conocido de todos, *Política sexual*, de Kate Millett (1970), que son clasificados por su análisis crítico del “patriarcado”, el deseo masculino y el cuerpo objetivado y cosificado de las mujeres. Suponían que las mujeres eran condicionadas para cumplir con las normas internalizadas de una feminidad pasiva, dependiente, sumisa, cuyo deseo está orientado exclusivamente a satisfacer el deseo masculino. Basta una cita de Millett para ejemplificar el tono y la actitud de esta perspectiva:

En nuestro orden social, apenas se discute y, en frecuentes casos, ni siquiera se reconoce (pese a ser una institución) la prioridad natural del macho sobre la hembra. Se ha alcanzado en él una ingeniosísima forma de “colonización interior”, más resistente que cualquier tipo de segregación, y más uniforme, rigurosa y tenaz que la estratificación de las clases. Aun cuando hoy día resulte casi imperceptible, el dominio sexual es, tal vez, la ideología que más profundamente arraigada se halla en nuestra cultura, por cristalizar en ella el concepto más elemental del poder. Ello se debe al carácter patriarcal de nuestra sociedad y de todas las civilizaciones históricas (1975: 33).

Millett, como las demás críticas de esta época, suponía una relación transparente entre las imágenes literarias de las mujeres y la realidad, y entre el género del autor y el narrador, además de que se pasaron por alto las particularidades de la literaturidad y la textualidad. En términos del feminismo, tampoco fue muy útil este tipo de lectura porque no se formularon propuestas alternativas a los estereotipos negativos que se identificaron y que tanto se criticaron.

Sin embargo, la idea de que el proceso de lectura puede ser diferente para hombres y mujeres fue revolucionaria porque denunció el supuesto tácito subyacente a toda crítica y teoría de la época de que los lectores eran hombres. Por ejemplo, Judith Fetterley postuló en *The Resisting Reader* (1978) que, como el lector implícito de los textos literarios es varón, las obras “cooptan” a la lectora mujer, produciendo “un reconocimiento contrario a ella misma” (Littau, 2006: 201). Según Littau, esto significó que era de importancia política para una mujer “encarar esos textos ‘como lectora resistente en lugar de aquiescente’” a fin de invertir el proceso de “*inmasculación* de las mujeres que llevan a cabo los hombres” (2006: 201). Este enfoque supone dos cosas: que todas las

mujeres decodifican los textos de la misma manera porque sus sistemas de significación son semejantes, en tanto que están determinados por el patriarcado, y que los textos no permiten otras lecturas porque son “sistemas clausurados y monolíticos” (2006: 201) carentes de indeterminaciones. No obstante, una aportación importante de esta crítica es que pudo establecer una distinción entre la lectora feminista que se resiste a ser interpelada —“cooptada”— por la estructura apelativa del texto, al proclamar la libertad de la intérprete, y las destinatarias ideales que colaboran en la realización del texto en los términos que éste impone.

Una segunda etapa inicia a finales de la década de los setenta, cuando aparecieron libros como *The Female Imagination*, de Patricia Meyer Spacks (1976); *Literary Women*, de Ellen Moers (1978); *A Literature of Their Own*, de Elaine Showalter (1977), y *The Madwoman in the Attic* (1979), de Sandra Gilbert y Susan Gubar. Este conjunto de obras se clasifican como pertenecientes a la fase ginocrítica de la teoría literaria feminista porque, a diferencia de autoras como Millett o Figes, que destacaron las imágenes negativas de las mujeres en la literatura escrita por hombres (se analizaban los estereotipos y roles femeninos y el posible efecto negativo que tenían cuando se internalizaban), se enfocaron en las imágenes y experiencias de las mujeres y la feminidad en la literatura escrita por mujeres. Algunas de las preguntas que se plantearon fueron las siguientes: ¿Qué escritoras habían sido excluidas de las historias literarias y cuáles fueron los criterios estéticos que explicaban esta exclusión del canon? ¿Eran apropiados los periodos literarios para dar cuenta de la escritura femenina? ¿Bajo qué condiciones materiales y culturales escribieron estas mujeres? ¿Hay temas o preocupaciones comunes que emergen de su situación compartida de opresión y explotación? ¿Hay rasgos comunes a la literatura de mujeres que justifiquen la creación de una tradición literaria femenina? ¿Hay un “estilo femenino” o una “escritura femenina” que exprese una “conciencia femenina”? Se rescataron y visibilizaron dimensiones otrora devaluadas de la vida de las mujeres, como las relaciones entre madres e hijas, la experiencia de la maternidad y el matrimonio, la amistad entre mujeres; se analizaron estrategias de resistencia y transformación de tramas y estereotipos convencionales para ver cómo incide el género en el género literario (los géneros populares, el *Bildungsroman*, el *Kunstlerroman*, los cuentos de

hadas, la autobiografía): “debemos tener en mente —explica Annette Kolodny en un artículo de 1975— que hasta ahora en la literatura las mujeres han expresado lo que han podido expresar, como resultado del juego complejo entre determinaciones biológicas, talento y oportunidades individuales, y los efectos más amplios de la socialización que, en algunos casos, pueden gobernar los límites de la expresión o hasta de la percepción o de la experiencia misma” (1975: 76).

Según Mary Eagleton, esta perspectiva, aunque muy productiva y prolífica, eventualmente perdió fuerza debido a que su posición era inherentemente contradictoria: “criticaba la historia literaria y el pensamiento canónico pero deseaba formar parte de él; buscaba las convergencias entre mujeres pero no quería imponer la uniformidad; dudaba de los valores estéticos tradicionales pero los usaba para valorar a las escritoras; deseaba hablar en nombre de todas las mujeres pero mostraba un interés particular en un grupo perteneciente a cierta clase y raza en un momento particular” (2007: 110). La diferencia entre hombres y mujeres era entendida exclusivamente en términos de la diferencia sexual, además de que esta oposición era el único eje de la opresión de las mujeres: aprendían a mirarse y evaluarse a sí mismas con la mirada masculina porque no había manera de ubicarse fuera del entramado de representaciones simbólicas y culturales dominantes, por lo que su identidad estaba constituida principalmente por el género, “el elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos” (Scott, 1999: 61). Sin embargo, el lugar que ocuparon las críticas que contribuyeron al *corpus* de obras ginocríticas es interesante porque aquéllas postularon la existencia de un mundo femenino en el que de alguna forma participaban todas las mujeres porque sus circunstancias socioculturales les permitían otra perspectiva sobre el mundo. Tenemos, entonces, que la primera vertiente teórica planteó que todas las mujeres compartían la experiencia de la opresión como consecuencia de la valoración negativa de la feminidad; en esta segunda etapa la diferencia se revaloró, la especificidad femenina dejó de ser un rasgo esencial de las mujeres para volverse un fenómeno cultural; ya no fuente de inferioridad sino de fortaleza.

A esta etapa siguió un cambio de paradigma, un periodo en que “el significado de ‘mujer’ como término significativo fue sometido a sus más

radicales desestabilizaciones y, por ende, se transformó lo que significa ser feminista y practicar crítica literaria feminista” (Plain y Sellers, 2009: 210). En este periodo confluyeron dos corrientes teóricas: por una parte la de muchas mujeres cuya experiencia había sido ignorada por la reflexión feminista previa, que partía del supuesto de que todas las mujeres vivían el patriarcado de forma similar, y por la otra el postestructuralismo. El ámbito circunscrito de la crítica feminista precedente —interesada principalmente en la literatura de escritoras y escritores canónicos de Occidente— se amplió para incorporar la diversidad de la experiencia y creatividad de otras mujeres —mujeres de color, lesbianas, inmigrantes, las provenientes de la “periferia” metropolitana—, además de que resultó evidente que era necesario reflexionar sobre la masculinidad cuando se incorporó la teorización sobre el género: “Pocas mujeres blancas están dispuestas a reconocer que el movimiento de liberación femenina se estructuró consciente y deliberadamente para excluir a mujeres negras y no blancas y sirvió principalmente a los intereses de las mujeres blancas de la clase media y alta con educación superior que buscaban igualdad con hombres blancos de la clase media y alta”, dijo bell hooks en 1981 (hooks, 1992: 147).

Las “múltiples opresiones” se volvieron tema de análisis como resultado de que “las otras”, las excluidas por lo que se llegó a conocer como el feminismo blanco heterosexual, introdujeron a la discusión la idea de que el género interactúa con otras categorías identitarias, como la clase, la etnia, la orientación sexual, la raza, que, de maneras complejas, situadas, constituyen una “matriz de la dominación”, para usar la frase de Patricia Hill Collins. Esta perspectiva busca reemplazar los modelos aditivos de la opresión (que están arraigados en el pensamiento dicotómico) con un modelo antirracista, antisexista y anticolonialista de análisis que entiende la raza, la clase y el género como sistemas de opresión entrelazados:

La raza, la clase y el género representan los tres sistemas de opresión que más afectan a las mujeres afroamericanas. Pero estos sistemas y las condiciones económicas, políticas e ideológicas que los sostienen podrían no ser las opresiones más fundamentales, y definitivamente afectan a más grupos. Otras personas de color, los judíos, los pobres, las mujeres blancas

y los gays y lesbianas han obtenido todas justificaciones ideológicas similares de su subordinación. Todas las categorías de humanos etiquetados como Otros han sido equiparados entre sí, a los animales y a la naturaleza (Collins, 1991: 225).

Este tipo de reflexión dio pie, posteriormente, a la noción de interseccionalidad, término acuñado por Kimberlé Crenshaw en 1989 para señalar que la subjetividad está constituida por los vectores de la raza, el género, la clase y la sexualidad, que se refuerzan mutuamente (Nash, 2008: 2).

Como resultado de la influencia del postestructuralismo,<sup>5</sup> mucha de la teoría literaria feminista se vio en la necesidad de descartar la idea de que la literatura refleja una experiencia o una conciencia femenina, porque este supuesto ubica el significado fuera del texto, en la vida y conciencia de la autora, más que en la interacción situada entre lectora y texto: la legendaria “muerte del autor” eliminó la posibilidad de que los textos literarios pudieran leerse como expresión auténtica de la experiencia preexistente de una escritora con acceso a su interioridad porque está plenamente presente y es transparente a sí misma. Se sigue que cuando el texto se lee como evidencia de la experiencia, la lectora feminista busca en él imágenes de la feminidad y la experiencia femenina que también existen fuera del texto. En cambio, la teoría literaria feminista postestructuralista interpreta textos como sitios sin fronteras donde *se produce* el género, cuyos significados están relacionados *con* y cobran sentido *cuando se* articulan con los discursos disponibles en el momento histórico de su producción y con el entramado discursivo disponible en el momento de su recepción. Para usar el ejemplo de Chris

<sup>5</sup> Como señala Judith Butler, una amplia y muy diversa gama de posiciones se reúnen —equivocadamente— bajo el rubro del posmodernismo, o el postestructuralismo, “como si fuera el tipo de cosa que pudiera ser la portadora de un conjunto de posiciones”, “que son mezclados entre sí y a veces mezclados con la deconstrucción, y a veces entendidos como un ensamblaje indiscriminado del feminismo francés, la deconstrucción, el psicoanálisis lacaniano, el análisis foucaultiano, el conversacionalismo de Rorty y los estudios culturales” (2001: 10). Comparto la preocupación de Butler, por lo que únicamente retomo del postestructuralismo la noción de que, en palabras de Seyla Benhabib, “una subjetividad que no estuviera estructurada por un lenguaje, por una narración y por las estructuras simbólicas del relato disponible en una cultura, sería impensable. Hablamos de quienes somos, del ‘yo’ que somos, por medio de una narración” (Benhabib, 1).

Weedon, si el lenguaje ya no es pensado como un medio transparente para la expresión de significados estables ya constituidos en el mundo, las imágenes masoquistas de las mujeres, por ejemplo, no reflejan mujeres reales, así como los héroes de las novelas de James Bond no reflejan hombres reales (1987: 148); lo que ofrecen los textos son construcciones de posibles formas de feminidad y masculinidad, culturalmente disponibles —legibles, imaginables— y sujetas a las normas de la literaturidad y a las restricciones de los géneros literarios vigentes en el momento de la producción y la recepción.

Para este tipo de análisis literario la diferencia hombre/mujer deja de entenderse como fija y se analiza como resultado de un proceso continuo y fluido de identificación y desidentificación. También lo femenino y lo masculino, así como otros vectores de la identidad, se analizan como resultado de un proceso de producción de significados, más que como esencias de las personas o los grupos sociales. La identidad es relacional, esto es, constituida en el juego de la semejanza y la diferencia entre distintos grupos sociales, por lo que es inherentemente cambiante y contradictoria. Es decir, aparte de ser una forma “primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1999: 61), el género comprende los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones, mitos, narrativas culturalmente aceptadas de las mujeres y “conceptos normativos” que se despliegan en un intento por fijar el sentido de estas representaciones por parte de distintas instituciones y organizaciones religiosas, políticas, legales, civiles, educativas, etc. (Scott, 1999: 62). Es en esta fase de la reflexión feminista donde la intervención de Joan W. Scott fue decisiva, puesto que su ensayo invita a las historiadoras a analizar cómo se produce el género de formas contradictorias en el cruce de múltiples factores, desde las representaciones hasta la economía, la política, las relaciones internacionales, las relaciones de parentesco, etc. Esta estrategia de lectura dio pie a que el análisis textual estudiara cómo se figura lo femenino en el texto; esto es, no deben estudiarse únicamente la masculinidad y la feminidad de personajes y narradores, sino la forma en que el género marca (*genders*) los espacios y el tiempo, los símbolos y las imágenes, las narrativas culturales inscritas en el texto y la descripción de la alteridad, las nociones de nación y hogar, las prác-

ticas cotidianas y la corporalidad, y permite que se vinculen distintas esferas de la vida social y cultural con la particularidad.

Según el recuento anterior, parecería que antes del momento postestructural no había conciencia de que “las mujeres” o “la mujer” fueran signos que cobran sentido en contextos discursivos y socio-históricos específicos. No obstante, en el innovador ensayo “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo” (1975), de Gayle Rubin, así como en “El género: una categoría útil para el análisis”, de Joan Scott (1986), ya se percibía esta idea porque ambos textos ubican sucintamente el principal problema y objeto de la reflexión teórica feminista, y es a partir de esta idea que es posible elaborar una propuesta para el análisis textual que no sea ni prescriptiva ni suponga una relación transparente —no mediada/producida por el lenguaje— entre el texto literario y la experiencia narrada o la realidad. Mi punto de partida son estas dos citas:

“En alguna ocasión, Marx preguntó: ¿Qué es un esclavo negro? Un hombre de raza negra. Sólo se convierte en esclavo en determinadas relaciones”. [...] Podríamos parafrasear: ¿Qué es una mujer domesticada? Una hembra de la especie. Una explicación es tan buena como la otra. Una mujer es una mujer. Sólo se convierte en doméstica, esposa, mercancía, conejita de *playboy*, prostituta o dictáfono humano en determinadas relaciones (Rubin, 1986: 96).

...*varón* y *mujer* son al mismo tiempo categorías vacías y rebosantes. Vacías porque carecen de un significado último, trascendente. Rebosantes porque, aun cuando parecen estables, contienen en su seno definiciones alternativas, negadas o suprimidas (Scott, 1999: 73).

La categoría sexo/género de Rubin no ha sido superada en el uso más común de la categoría de género: cuando se sostiene que el sexo es dado y el género es socialmente construido se está haciendo eco de la categoría sexo/género elaborada por ella. Cuando el sexo es entendido como una característica biológica natural e insustituible sobre la cual se construye el género, que, a diferencia del sexo, varía según tiempo, contexto y cultura (porque es la organización sistemática de la diferencia sexual), y por lo tanto puede ser transformado mediante procesos de

concientización, estamos ante la herencia de Rubin, quien rechaza el determinismo biológico al argumentar que el género es el resultado de un proceso social productivo, de la interacción entre estructura y cultura. Pero el artículo de Rubin hace más que sólo desarrollar herramientas conceptuales que explican por qué y cómo se mantiene la opresión de las mujeres por medio de normas y prácticas sociales sistémicas: muestra cómo puede el feminismo hacer un uso crítico de la obra de otros —Stoller, Marx, Lévi-Strauss, Freud, Lacan— para explicar la ubicación social y cultural de las mujeres y nos ofrece, quizá su contribución más importante para las teorías literarias feministas, un modelo para comprender cómo es que las mujeres circulan como objetos semióticos: el tráfico de mujeres.

Las mujeres circulan como mercancía, como objeto de intercambio, como don, como cuerpos deseados y deseantes, como signos de una plétora de otredades feminizadas, signos “al mismo tiempo vacíos y rebosantes de significado”. A partir de esta idea es factible recuperar la propuesta central del artículo de Rubin para el estudio de la literatura y hacer un intento por soslayar la historia de la teoría literaria feminista, que se narra como un tipo de *Bildungsroman* colectivo, para emplear un término de Mary Eagleton (1996: 4), que empieza con la ingenuidad de la primera crítica a la sofisticación teórica actual, de la concepción ingenua de la experiencia como inmediata y accesible a la conciencia y sujeta de ser expresada en la literatura, a la densidad teórica que desconfía de toda certeza y se adhiere a “las tesis de la muerte del hombre, de la Historia y de la Metafísica” (Benhabib, 1). Otra manera de trazar esta historia, y que me parece más útil, es tomar en cuenta que en una primera etapa se creía que el texto literario reflejaba la condición de las mujeres y la opinión del autor: el “contexto” socio-cultural era un trasfondo inerte y la figura del autor “permite explicar tanto la presencia de ciertos acontecimientos en una obra como sus transformaciones, sus deformaciones, sus modificaciones diversas (y esto por la biografía del autor, la ubicación de su perspectiva individual, el análisis de su pertenencia social o de su posición de clase, la puesta al día de su proyecto fundamental)” (Foucault, 1984: 51). Posteriormente, el contexto dejó de ser un trasfondo para transformarse en un entramado discursivo que guarda una relación dinámica con el texto literario, porque éste se



postuló como un lugar de articulación —digamos que un momento de clausura arbitraria— de significaciones. A su vez, el autor se convirtió en una función discursiva del texto, en una estrategia textual. Luego la crítica feminista se da a la tarea de investigar y explicar las conexiones, las correspondencias entre discursos jerárquicamente organizados por relaciones de dominación como parte de un proceso continuo e ilimitado de producción de significado. Utilizando una tipología de la lectura elaborada por Umberto Eco, podríamos decir que el énfasis ha pasado de la interpretación como investigación o búsqueda de la *intentio auctoris* (lo que el autor quiere decir) a la interpretación como imposición de la *intentio lectoris* (la intención de la lectora), para culminar con la interpretación de la *intentio operis* (la intención del texto).

El resultado de la teorización del género y de las teorías literarias feministas es la propuesta de que los signos —“hombres”, “mujeres”— no circulan ni significan en el vacío: es esto lo que aprendemos de los ensayos de Scott y Rubin. El vínculo entre significado y significante no es causal —ni casual—, así que los signos deben interpretarse como parte de un sistema de convenciones para comprender el mecanismo de su significación, que no es otra cosa que el *efecto* de la relación entre significantes que, en cuanto tales, no significan. De esta manera, se pueden estudiar tanto los signos convencionales basados en códigos explícitos como las prácticas sociales que no son primordialmente actos comunicativos pero que desencadenan distinciones que tienen significado para los miembros de una cultura. Si se recupera la idea de que las identidades —aun aquellas que son más cómodas, más transparentes y familiares, incluso las formas en que reflexionamos sobre nuestra persona— son función del lenguaje, de una organización particular del deseo, de la disposición subjetiva, de una articulación discursiva específica que nos ubica en determinado lugar social y cultural que da forma a nuestra autopercepción, historizar lo femenino y la feminidad implica entender y explicar cómo se naturalizaron y legitimaron para adquirir estatuto de verdad, como propone Scott cuando señala la necesidad de “romper con la noción de fijeza, descubrir la naturaleza del debate o la represión que conduce a la aparición de una permanencia atemporal en la representación binaria del género” (1999: 62). Las diferencias —no únicamente la diferencia sexual— no pueden saberse ni conocerse de

antemano, no existen más allá de sus representaciones, se (re)conocen en el proceso de lectura conforme transcurre la realización del texto. En este sentido, las representaciones son productivas, como bien han mostrado los estudios culturales, porque no reflejan diferencias predefinidas, sino que las crean. Además, puesto que en un momento dado pueden existir representaciones contradictorias de la feminidad y las mujeres, la diferencia ahora se entiende también como una diferencia interior —por ejemplo, el sujeto que habla y el yo del que habla no son idénticos ni coincidentes—, además de que se abre la posibilidad de analizar las diferencias entre mujeres. Esto es, si anteriormente la diferencia significaba la diferencia entre hombres y mujeres, ya fuera en términos ahistóricos o desde una perspectiva constructivista, ahora se “destacan las diferencias tanto dentro de la propia categoría de mujer como dentro de las existencias sociales específicas de las mujeres” (Barrett, 1990: 314).

Si vinculamos el ensayo de Scott con el de Rubin podemos esbozar una práctica de la lectura feminista que se basa en la noción de un sujeto teórico del feminismo, una figura “nómada”, para emplear el término de Braidotti, que sería un lugar de interpretación y enunciación. Si adaptamos la descripción que esta autora hace de la feminista como nómada a las teorías literarias, para interpretar textos literarios la lectora nómada transita entre lenguajes, artefactos culturales y medios, disciplinas y espacios (lo público y lo privado); está atenta a los procesos discursivos y no discursivos que fijan y estabilizan identidades y significados, consciente de la geopolítica del conocimiento y de la naturaleza encarnada y situada de los sujetos: “el nuevo sujeto feminista nómada que sostiene este proyecto es una entidad epistemológica y política que será definida y afirmada por las mujeres en la confrontación de sus múltiples diferencias de clase, raza, edad, estilo de vida y preferencia sexual”. La práctica interpretativa feminista está orientada a articular los temas de la identidad individual, corporeizada, marcada por el género con asuntos relacionados con la subjetividad política, vinculando a ambos con el problema del conocimiento y la legitimación epistemológica (Braidotti, 1994: 30).

Teresa de Lauretis argumenta que el punto de partida de la teoría feminista es una paradoja derivada de dos preguntas que formuló el fe-

minismo de los años setenta: “¿Quién o qué es una mujer? ¿Qué o quién soy yo?” Como se partía del supuesto de que el lenguaje era el lenguaje de otro, androcéntrico, ¿cómo se pueden decir las mujeres mediante lo que estructuralmente no las dice? Las mujeres, según Cavarero, no son sujetos de su lenguaje, la mujer “se dice y se representa en un lenguaje ajeno, es decir, mediante las categorías de lenguaje del otro. Se piensa en tanto es pensada por el otro” (1995: 157). Al buscar respuesta a estas preguntas, dice de Lauretis, se develó:

la paradoja de un ser que se encuentra al mismo tiempo cautivo y ausente del discurso, constantemente hablado pero inaudible o inexpresable, desplegado como espectáculo y todavía sin representación o irrepresentable, invisible pero constituido como el objeto y la garantía de la mirada; un ser cuya existencia y especificidad son simultáneamente aseverados y negados, invalidados y controlados (Lauretis, 1990: 115).

Esta paradoja da pie a varias preguntas, pero la más importante para nuestros propósitos es la siguiente: ¿desde dónde habla/escribe el sujeto *feminista*?

Esta pregunta ha permitido una reconceptualización del sujeto como efecto y proceso, un ensamblaje discordante organizado y producido en el cruce de múltiples ejes de diferencia y semejanza. Así, es posible replantear la manera en que reflexionamos la marginalidad para transformarla en una ubicación tanto de identificación como de desidentificación que permite la posibilidad del autodesplazamiento entre un lugar fijado en y por un sistema de representación y otros, una posición de enunciación sesgada y coyuntural que es un lugar de lectura, lo que podríamos llamar el lugar del exilio, entendido como lugar metafórico y semejante a la condición del exiliado descrita por Edward Said como:

el estado de no considerarse nunca plenamente adaptado, sintiendo siempre como algo exterior el mundo locuaz y familiar habitado por los nativos, tendiendo siempre —por decirlo de alguna manera— a evitar e incluso mostrar antipatía a los adornos de la acomodación y el bienestar nacional. En este sentido metafísico, el exilio para el intelectual es inquietud, movimiento, estado de inestabilidad permanente y que desestabiliza a

otros. Te ves imposibilitado para retroceder a una determinada condición anterior y tal vez más estable de sentirte en casa, y, por desgracia, tampoco puedes llegar nunca a sentirte plenamente a gusto con tu nuevo hogar o situación (Said, 1994: 64).

La lectora nómada comparte con el exiliado la sensación de no estar “plenamente adaptada” a las prácticas interpretativas y a los procedimientos metodológicos de la crítica literaria institucionalizada, ni puede volver a su condición anterior de lectora respetuosa del “principio de cooperatividad” (Culler, 2002: 50) que sostiene y posibilita la comunicación porque lee a contrapelo, de acuerdo con otro código, que es feminista. Consciente de que la estructura apelativa del texto “provoca una actitud participativa, cooperativa” por parte del lector, y de que el lector implícito es un constructo “intratextual en tanto que es la suma de requisitos que deben cumplirse para hacer posible una lectura plena” (Vital, 1995: 249), es una lectora que navega los textos literarios como nómada porque simultáneamente obedece y desobedece las marcas textuales que orientan la lectura, además de que el punto de visión móvil que tiene todo lector se exagera porque ella se ubica entre, al menos, dos códigos semánticos: el arraigado profundamente en una cultura, y sugerido por el texto literario, y el del discurso feminista que opera con otro mapa de significación. Si la posición del lector es un efecto de la lectura, el sujeto que lee está consciente de que:

La “posición” sexual del texto sólo puede discernirse contextualmente y en términos de la posición desde la que habla el sujeto hablante (el “yo” implícito o explícito del texto); el tipo de sujeto (implícitamente) supuesto como el sujeto (o público) *a quien se habla*, y el tipo de sujeto (u objeto) *de quien se habla*. Al igual que la gama diversa de sujetos situados en todo texto, la posición del texto también depende del tipo *de relaciones* afirmado entre estos distintos sujetos (Grosz, 1995: 99).

En el peor de los casos, mucha crítica literaria que pretende estudiar el género no hace más que analizar las imágenes literarias de las mujeres y los tropos asociados a lo femenino, y aquellos intentos por historizar el mundo diegético suelen suponer una relación directa y transparente entre la realidad de la ficción y el contexto en el que fue escrito. Esta

aproximación es sin duda valiosa porque desenmascara el sexismo de muchas de nuestras representaciones y géneros literarios, pero como supone que cualquier identidad tiene cierto contenido intrínseco y esencial definido por un origen común, por una estructura común de experiencia o por ambas cosas, el resultado es que se “adopta la forma de la recusación de las imágenes negativas por medio de otras positivas”, e implícitamente sugiere que hay otras que se postulan como auténticas y originales y apropiadas (Grossberg, 2003: 151): es en este sentido que la crítica es prescriptiva. No obstante, supone una simplificación tanto de las operaciones de significación propias de la literatura como de las estrategias de lectura desarrolladas por las teorías literarias feministas.

¿Qué es una mujer? es una pregunta que no tiene respuesta. Además, cualquier definición marca un límite y empobrece nuestras figuraciones de la experiencia y la actividad de la lectura y la interpretación, por lo que el ámbito propio de la teoría y la crítica literaria feministas es precisamente la paradoja identificada por Lauretis. En este sentido, vale la pena recordar la frase célebre de Virginia Woolf en *Una habitación propia*: “y pensé en lo desagradable que era que la dejaran a una fuera; y pensé que quizás era peor que la encerraran a una dentro”.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENHABIB, Seyla. "Feminismo y posmodernidad: una difícil alianza", traducción de Pedro Francés Gómez. Disponible en: <<http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Feminismo%20y%20posmodernidad%20%20Behabib.pdf>>.
- BARKER, Chris, y Dariusz Galasinski. *Cultural Studies and Discourse Analysis*. Londres: Sage, 2001.
- BARRETT, Michèle. "El concepto de diferencia", traducción de Marta Lamas. *Debate Feminista*, año 1, vol. 2 (septiembre de 1990): 313-328.
- BRAIDOTTI, Rosi. *Nomadic Subjects: Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Thought*. Nueva York: Columbia University Press, 1994.
- BUTLER, Judith. "Fundamentos contingentes: el feminismo y la cuestión del 'posmodernismo'", traducción de Moisés Silva. *La Ventana*, núm. 13 (2001): 7-41.
- CAVARERO, Adriana. "Para una teoría de la diferencia sexual". *Debate Feminista*, año 6, vol. 12 (octubre de 1995): 149-179.
- COLAIZZI, Giulia. "Feminismo y teoría del discurso. Razones para un debate". En *Feminismo y teoría del discurso*, ed. por Giulia Colaizzi. Madrid: Cátedra, 1990, pp. 13-25.
- COLLINS, Patricia Hill. *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Londres: Routledge, 1991.
- CULLER, Jonathan. "La literaturidad". En *Teoría literaria*, de Marc Argentot et. al, traducción de Isabel Vericat Núñez. México: Siglo XXI Editores, 2002, pp. 36-50.
- EAGLETON, Mary. "Literary representations of women". En *A History of Feminist Literary Criticism*, ed. por Gill Plain y Susan Sellers. Cambridge: Cambridge University Press, 2007, pp. 105-119.
- \_\_\_\_\_. "Who's who and where's where: Constructing feminist literary studies". *Feminist Review*, núm. 53 (1996): 1-23.
- EAGLETON, Terry. *Después de la teoría*, traducción de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debate, 2005.

- ECO, Umberto. "Intentio lectoris. Apuntes sobre la semiótica de la recepción". En *Los límites de la interpretación*, traducción de Helena Lozano. Barcelona: Lumen, 1992, pp. 21-46.
- FELSKI, Rita. *The Uses of Literature*. Oxford: Blackwell, 2008.
- FOUCAULT, Michel. "¿Qué es un autor?", traducción de Corina Yturbe. *Dialéctica*, año IX, núm. 16 (diciembre de 1984): 51-82.
- FUSS, Diana. *Essentially Speaking. Feminism, Nature and Difference*. Londres: Routledge, 1989.
- GALLOP, Jane. *Around 1981: Academic Feminist Literary Theory*. Londres: Routledge, 1992.
- GROSSBERG, Lawrence. "Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?" En *Cuestiones de identidad cultural*, compilado por Stuart Hall y Paul du Gay, traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- GROSZ, Elizabeth. "¿Qué es la teoría feminista?", traducción de Mónica Mansour. *Debate Feminista*, año 6, vol. 12 (octubre de 1995): 85-103.
- GUERRA, Lucía. *Mujer y escritura. Fundamentos teóricos de la crítica feminista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, 2007.
- HOOKS, bell. *Ain't I a Woman. Black Women and Feminism*. Boston: South End Press 1992.
- KOLODNY, Annette. "Some notes on defining a 'feminist literary criticism'". *Critical Inquiry*, vol. 2, núm. 1 (otoño de 1975): 75-92.
- LAURETIS, Teresa de. "Eccentric subjects: Feminist theory and historical consciousness". *Feminist Studies*, vol. 6, núm. 1 (primavera de 1990): 115-150. Disponible en: <<http://web.ebscohost.com>> [Consulta: 10 de enero de 2010].
- \_\_\_\_\_. "Estudios feministas/estudios críticos: Problemas, conceptos y contextos". En *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, compilado por Carmen Ramos Escandón, traducción de Gloria Elena Bernal. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991, pp. 165-193.
- \_\_\_\_\_. "La tecnología del género". En *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, compilado por Carmen Ramos

- Escandón, traducción de Gloria Elena Bernal. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 1991a, pp. 231-278.
- LEBIHAN, Jill. "Feminism and literature". En *The Routledge Companion to Feminism and Postfeminism*, ed. por Sarah Gramble. Londres: Routledge, 2001, pp. 129-139.
- LITTAU, Karin. *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*, traducción de Elena Marengo. Buenos Aires: Manantial, 2006.
- MILLETT, Kate. *Política sexual*, traducción de Ana María Bravo García. México: Aguilar, 1975.
- MOI, Moi. *Teoría literaria feminista*, traducción de Amaia Bárcena. Madrid: Cátedra, 1988.
- NASH, Jennifer C. "Re-thinking intersectionality". *Feminist Review*, 89 (2008): 1-15.
- PLAIN, Gill, y Susan Sellers. "Introduction to Part III". En *A History of Feminist Literary Criticism*, ed. por Gill Plain y Susan Sellers. Cambridge: Cambridge University Press, 2009, pp. 210-213.
- PILCHER, Jane, e Imelda Whelehan. *50 Key Concepts in Gender Studies*. Londres: Sage, 2004.
- ROBBINS, Ruth. "Will the real feminist theory please stand up?" *Introducing Literary Theories. A Guide and Glossary*. Edinburgo: Edinburgh University Press, 2001, pp. 46-66.
- RUBIN, Gayle. "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", traducción de Stella Mastrangelo. *Nueva Antropología*, año/vol. VII, núm. 30 (1986): 95-145.
- SAID, Edward. *Representaciones de los intelectuales*, traducción de Isidro Arias. Barcelona: Paidós, 1994.
- SCOTT, Joan. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En *Sexualidad, género y roles sexuales*, compilado por Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson; traducción de Marysa Navarro. México: Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 37-75.
- SCHWEICKART, Patrocino P. "Reading ourselves reading: Toward a feminist theory of reading". En *Gender and Reading. Essays on Readers, Texts, and Contexts*, ed. por Elizabeth Flynn y Patrocino Schweickart. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986, pp. 31-62.



- TALBOT, Mary M. *Language and Gender. An Introduction*. Cambridge: Polity, 2001.
- TODOROV, Tzvetan. *Crítica de la crítica*, traducción de José Sánchez Lecuna. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, 1991.
- WEEDON, Chris. *Feminist Practice and Poststructuralist Theory*. Oxford: Blackwell, 1987.
- VITAL, Alberto. "Teoría de la recepción". En *Aproximaciones. Lecturas del texto*, ed. por Esther Cohen. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 237-249.

